

¡A la cárcel con los corruptos!

En Venezuela la corrupción es una realidad conocida y reconocida. Los editoriales del Diario de Caracas durante el mes de enero dieron repetidamente en el clavo. Pocas veces encuentra uno tantas cosas dichas tan certeramente y en tan poco espacio. Jorge Olavarría en Resumen, en televisión o en la calle, ha sido insistente y valiente en sus denuncias "con nombre y apellido". Luis Piñerúa Ordaz ha recobrado el primer plano de la atención nacional por su terca insistencia en "sacar a patadas" a los corruptos del partido fundado por Rómulo Betancourt para, entre otras cosas, hacer una política basada en pilares distintos al compadrazgo, la complicidad, el encubrimiento, el nepotismo y la corrupción. Muchos venezolanos hemos sentido una brisa de alivio al escuchar nuevamente los ataques contra la corrupción provenientes desde distintos frentes.

Parece algo cíclico. Cuando baja la marea de recursos petroleros, afloran los hechos corruptivos. Así sucedió después del primer salto en los precios petroleros (véase el editorial de SIC No. 371, enero de 1975). Así nos encontramos en esta nueva baja de marea. Sin embargo, sigue siendo una guerra sin heridos ni muertos en el campo enemigo. Los corruptos andan por la calle, hablan por televisión, se permiten insultar e incluso acusar penalmente a quienes denuncian la corrupción. Nadie garantiza que estarán en el país para responder contra las acusaciones que se les hacen. Más temor sienten los denunciantes o afectados por los hechos de corrupción que quienes los realizan. Paradoja de esta democracia.

¿TODOS EMPANTANADOS?

Si recordamos algunos clamorosos casos de corrupción, esos que saltan espontáneamente de la memoria, nos da la sensación de que "todo el mundo" está empantanado en ese extendido fango: El Sierra Nevada, el BND, la CVF, la compra de las fragatas, las negociaciones con las visas de los indocumentados, los diversos renglones del contrabando, las tortuosas negociaciones del INOS, la compra de nuevos equipos por la CANTV, Corpomercadeo, Pro-Haci, los almacenes OCP...

En este brevísimos recuento ya encontramos un espectro espeluznante de presuntos implicados que va desde el Presidente de la República, miembros del Congreso Nacional, oficiales de las Fuerzas Armadas Nacionales, conspicuos empresarios privados, directivos de las empresas del Estado, jefes de partidos políticos, representantes de los Concejos Municipales... y, si seguimos, funcionarios de todo rango y nivel.

Mal de muchos, consuelo de tontos. La corrupción nos afecta a todos los venezolanos, pero no de la misma forma. Si los salpicados por el pantano somos muchos, los que lo producen y disfrutan no son tantos.

Casos recientes así lo demuestran. La tragedia causada por la explosión de los tanques de combustible en la planta de Tocoa de la C.A. Electricidad de Caracas es un ejemplo. Por lo que hasta ahora se sabe, los más elementales mecanismos de seguridad o no existían o no estaban en condiciones de funcionamiento (véase el artículo de E. Rondón en este mismo No. de SIC). Un tipo de corrupción muy sutil. Aparentar cumplir con los requisitos legales y también de "sentido común", pero no hacerlo. Algún beneficio saca alguien de esta situación. En caso de accidente, rómpase el vidrio y rásquese las vestiduras... Lo más probable es que no habrá responsables penalmente castigados. Las Compañías de Seguros y el Estado petrolero indemnizarán los daños de la Empresa y a los "damnificados" — ipobrecitos!—. Las investigaciones sobre el hecho entrarán en un procedimiento más intrincado que el mitológico laberinto construido por Dédalo en la isla de Creta por orden del rey Minos. Su única salida será el olvido colectivo y la impunidad de los responsables.

El caso del BTV es aún más significativo. A medida que se va conociendo la poca información que se filtra hacia el público, se afianza el convencimiento de la existencia de muchos hechos de corrupción. Asombra, junto con eso, la seguridad con la que se desenvuelven los implicados, conscientes, quizá, de que ésta es una "sociedad de cómplices", de que nadie conoce mejor que ellos a los cómplices, y de que la pertenencia a ese club otorga una invulnerabilidad directamente proporcional a la extensión y profundidad de sus prácticas de corrupción. En este caso la seguridad es mayor, pues siempre se puede presentar cualquier ataque o acusación como un atentado contra los trabajadores y sus organizaciones de clase movido por los egoístas intereses burgueses. Más aún, la estrecha interrelación banco - central sindical - partido de masas, asegura la defensa en el terreno político, y permite flexibilizar las leyes haciéndolas "especiales" o encontrando la manera de evitar su aplicación efectiva. Otros, por su parte, declaran "ciudadano libre de toda sospecha" a algún indiciado, logrando, igualmente la no-aplicación de la ley.

En ambos casos encontramos una víctima: el pueblo que murió en Tocoa o quedó sin casa, sin agua, sin luz, que perdió sus ahorros en el BTV o se queda sin trabajo, sin posibilidades de adquirir vivienda... Además, todas las miradas se vuelven al Estado todopoderoso para que los saque de toda mala situación y nos libre de todo mal. Amén.

EL FONDO DEL ASUNTO

Una corrupción conocida, reconocida y sin sanciones penales, políticas y sociales se convierte en una actividad objetivamente estimulada por la dinámica normal de la vida social. Se convierte en una característica estructural de las

relaciones sociales.

A la estructura rentista de nuestra economía petrolera le corresponde una mentalidad rentista que se manifiesta en el profundo y ya inconsciente convencimiento de que "todo se arregla con dinero". La práctica de la corrupción está estrechamente emparentada con ese convencimiento y con la dimensión rentística de nuestras relaciones sociales.

Más aún, hemos democratizado la corrupción, como hemos incorporado poco a poco todas las dimensiones del quehacer social al proyecto democrático-modernizador. La corrupción es muy anterior a esta democracia. Pero con ella no se ha acabado sino que ha adquirido nuevas características. Ahora se habla de ella, se hacen denuncias por la prensa —la libertad de expresión es una conquista democrática!—, pero sigue tan campante. Ahora son más los corrompidos y también los que corrompen —la ampliación de la base que participa es otra conquista de la democracia— pero así funciona el sistema en su conjunto. Se han aceptado las prácticas corruptivas como un "lubricante" de la maquinaria social. No hay negociación o tramitación, grande o pequeña, que no salga más rápido con esa ayuda. Los más cínicos piensan que es otra forma de redistribución social de los recursos, mientras que los más recatados se resignan a considerarla como un "mal menor", por ahora necesario para la marcha normal de la sociedad.

El fondo del asunto es que hemos convertido a la corrupción en una característica estructural de nuestro sistema social y, sobre todo, que, por una razón o por otra, hemos terminado aceptando que es así y no puede ser de otra manera.

LA FALSA LUCHA CONTRA LA CORRUPCION

Ante esta realidad conocida y reconocida se puede dar la impresión de que se está dando una lucha de todos contra el cáncer de la corrupción. Por eso es importante distinguir cuándo se trata de una falsa forma de enfrentarla que, más bien, contribuye a afianzarla. Tres formas fundamentales de esta falsa lucha podemos señalar: la "defensa" de la democracia imperfecta, el sacrificio de "chivos expiatorios" y el moralismo.

La primera es, quizá, la más común y torpe. Se trata de excusar la corrupción, o mejor, a los corruptos para salvar al conjunto del sistema democrático. Desencadenar una verdadera lucha anti-corrupción que afectara realmente a las personas implicadas significaría dar pie para la sustitución de esta "democracia" por un régimen autoritario, que no acabaría con la corrupción, sólo la cambiaría de manos, pero anularía las conquistas libertarias conseguidas. No es sino una forma de defender el pedazo de la torta que han venido disfrutando.

La segunda es un poco más sutil. Hay que sacrificar a alguien en beneficio de todos —"conviene que un solo hombre muera por el pueblo", que decía Caifás—. Si se condena a algún corrupto gordo, se salva el sistema aunque mantenga su corrupción estructural. Por eso se ha disparado alto. Se intentó condenar al expresidente C.A. Pérez con el Sierra Nevada; se enjuicia al Presidente de CORPOMERCADEO; se acusa a Eleazar Pinto... En este caso

se procura seguir participando en la repartición de una torta que comienza a reducirse. Los pedazos hay que quitárselos a los más ambiciosos, para conservar la torta.

El moralismo es la más sutil de todas. Descubrir la pólvora después de la bomba atómica y emprender batallas superficiales: aprobar leyes que no serán cumplidas, hacer denuncias que no serán investigadas, destituir funcionarios inferiores... Incluso resucitar políticamente, dentro y fuera del partido, agarrado a la bandera de la lucha "desinteresada" contra la inaceptable corrupción de los "compañeros".

También en Venezuela conocemos las falsas luchas y los aprovechados luchadores contra el fantasma de la corrupción.

QUE PODEMOS HACER

El primer paso, insuficiente pero condición indispensable para cualquier otro, es no corromper a nadie y no dejarse corromper. Y arrostrar los sacrificios que esa conducta implique. Esta decisión es estrictamente personal, intransferible e incanjeable, y es anterior a todo cálculo. En definitiva, es una decisión absoluta que se justifica en sí misma. Así de elemental; no robar, no ser cómplice, no encubrir, no alabar a los ladrones ni considerar como "pobre pendejo" al trabajador íntegro. Aunque haya que perder un negocio suculento o, incluso, el empleo. Y decir la verdad: a los hijos, entre los amigos, en la escuela, en los medios de comunicación, en el partido, en el púlpito. No como hasta ahora.

Desde ese primer fundamento irrenunciable, el camino para impedir que se desarrolle la corrupción y para erradicarla pasa por las organizaciones de base. Tenemos que estimular espacios de comunicación abierta y horizontal en los que representantes y representados se intercambien fuertemente, se colaboren y se controlen. Siempre vendrá la tentación de la apropiación indebida o la ventaja personal. No será grave si se puede corregir sobre la marcha, en lo menudo, antes de que se haga callo. Esto sólo es posible donde se juntan muchos iguales y poco a poco aprenden a respetarse, a corregirse y a castigarse, si hace falta, con medida. Todo dentro del compañerismo que produce el esfuerzo compartido.

Esa transformación estructural es un proceso largo y costoso. Empezar a caminar hacia allá significa usar los instrumentos de lucha contra la corrupción que hoy tenemos. Aplicárselos a los corruptos de hoy. Falta de instrumentos legales no es nuestro problema. Voluntad política de emplearlos, quizás sí. Organizarnos para obligar a que sean implacablemente utilizados contra los que hoy malversan los fondos del Estado, contra los que burlan las más elementales normas de responsabilidad social, contra los tejedores de complicidades, contra los que quieren aprovechar para su propio beneficio la falsa lucha contra la corrupción... No importa quién sea, ni sus méritos anteriores, ni los cargos que ocupe, ¡A la cárcel con los corruptos, que quieren seguir orondos caminando por las calles! Esta es una inmediata aspiración popular. Este es un objetivo concreto de la lucha del pueblo: ¡A LA CARCEL CON LOS CORRUPTOS!